



izquierda en la que el anarquismo tuvo notas particulares. El trabajo de Sergio Grez Toso vuelve a la pregunta sobre la particularidad del anarquismo revisando los dispositivos de resistencia cultural en Chile y sostiene que el contenido genéricamente libertario, era en realidad patrimonio de todo el movimiento obrero para destacar la existencia de un campo compartido con la cultura popular, socialista y comunista. La intervención de Jacy Seixas tal vez sea la que más distancia plantea respecto a los interrogantes que organizan la compilación: propone analizar las representaciones e imágenes del militante anarquista y su contrafigura, el traidor o *crumiro*, en el proceso de surgimiento del movimiento obrero en Brasil e intenta recuperar la dimensión política de las prácticas anarquistas.

La lectura en conjunto de estas investigaciones provoca una serie de reflexiones. Hay allí trazadas varias líneas de investigación posibles y por momentos parece desprenderse la necesidad de indagar más específicamente los casos latinoamericanos, sus contactos y diferencias específicas. Es para celebrar la intención de organizar un campo de intervenciones que destaquen la dimensión cultural del proyecto libertario, aunque por momentos en el análisis de los casos latinoamericanos el vínculo con el movimiento obrero organizado queda inevitablemente sobredimensionado. Hacia el final del libro el lector habrá recorrido diversas experiencias de sociabilidad, siempre tensionadas y contradictorias pero por ello más ricas aún. Es justamente ese espacio de la experiencia social el que en todo caso puede arrojar las reflexiones más interesantes para pensar la particularidad del anarquismo en el campo más general de las izquierdas.

Luciana Anapio
(IDAES-UNSAM/CONICET)

A propósito de *laacov Oved*, **El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina**, Buenos Aires, *Imago Mundi*, 2013, 534 pp.

En 1978 la editorial Siglo XXI publicó en México el libro del historiador israelí *laacov Oved* **El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina**. Se trataba de una adaptación de su tesis doctoral en filosofía cuyo título, algo más descriptivo, era "El anarquismo en los sindicatos obreros de la Argentina a comienzos del siglo XX (1897-1905)", defendida en la Universidad de Tel Aviv bajo la super-

visión de Michael Confino, por esa universidad, y Ezequiel Gallo, director en ese entonces del Instituto Torcuato di Tella. Los agradecimientos del libro dejaban entrever cierta constelación de autores relacionados al St. Anthony College de Oxford, donde Oved pasó un año lectivo. Entre otros, Sir. Isaiah Berlin, James Joll, Hobart Spalding y Raymond Carr, todos vinculados en mayor o menor medida al estudio del anarquismo o el movimiento obrero. La eventual filiación de los agradecimientos no era menor si se considera que predominaba en el libro una apuesta historiográfica extremadamente fáctica y más bien reacia a las grandes elaboraciones conceptuales. El mismo se sostenía en un uso exhaustivo de las fuentes y en un tejido narrativo denso, lo que desde mi perspectiva lo hace hasta el día de hoy insuperable.

Oved no establecía un marco general que explicase las razones del arraigo del anarquismo en el movimiento obrero argentino, sino que se limitaba a constatar ese hecho. El punto de llegada era presupuesto de antemano exponiendo de forma progresiva el camino que llevó a la consolidación del anarquismo en los sindicatos obreros. Los ocho capítulos que lo estructuraban, en su edición original, eran jalones para llegar a algo que, pese a lo sinuoso que pudiera haber sido el recorrido, tenía un fin reconocido y que a decir verdad sólo fundamentaba más lo que ya se sabía: el anarquismo había logrado tener una enorme presencia organizativa en los albores del movimiento organizado en Argentina. Los anarquistas, en torno a 1897, momento que es tomado como punto de partida la investigación de Oved, a partir de la aparición de **La Protesta Humana** habrían comenzado a dirimir sus disputas internas entre quienes abjuraban de cualquier forma organizativa y aquellos más proclives a la vinculación con el movimiento obrero, en favor de estos últimos. Seguidamente, y en consecuencia, entre 1899 y 1901, los anarquistas se volcaron hacia la intervención en los sindicatos obreros, mostrando tal eficacia que para 1901 su presencia se habría vuelto hegemónica. Dicha hegemonía les permitió confrontar abiertamente contra el Estado y el capitalismo, llevando adelante, entre mayo y diciembre de 1902, un conflicto escalonado que habría de conducir en noviembre a proclamar la huelga general. Proporcional a esta exasperación del conflicto social fue la respuesta del Estado y los capitalistas que articularon un plan represivo que incluyó la sanción de la Ley de Residencia y el estado de sitio. El anarquismo acusó el golpe pero sin descanso conti-

nuó su despliegue hasta que el V Congreso de la FORA recomendó sin matices la adscripción al comunismo anárquico.

El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina recomponía en detalle y dotaba de nobleza académica a interpretaciones que lo antecedían con un caudal de fuentes fabuloso —e inexploradas en los poquísimos estudios que existían sobre el tema— provenientes en su mayoría del International Institute of Social History de Amsterdam. El tiempo pasó, el libro de Oved nunca se reeditó y los estudios sobre el anarquismo continuaron. Se diversificaron sus interrogantes llegando a plantearse, en mi opinión para bien, la posibilidad de pensar la presencia del anarquismo en la cultura argentina de forma más rizomática. Las prácticas político-culturales, la presencia en la literatura, las singulares intervenciones en la educación y su abordaje en la cuestión de género, entre otras muchas cosas, señalaron que su vínculo con la clase obrera lejos de ser privilegiado y natural, era en realidad una de las vías de acceso para la comprensión de un fenómeno histórico complejo. Si el libro de Oved es el mejor en su género, sin embargo, se lamentaba la ausencia en su análisis de un peso mayor de la dimensión cultural.

La reciente reedición de este clásico por parte de *Imago Mundi* subsana en parte esa sensación de carencia al incluir un capítulo de la tesis, aparecido en forma de artículo a mediados de la década del ochenta, en el cual justamente se analiza la cultura anarquista a principios del siglo XX. Se bosqueja en él todo una agenda de investigaciones futuras que en parte ya han sido realizadas: las producciones literarias y teatrales, la educación libertaria, la moral y el estilo de vida, el anticlericalismo, el rol de la familia y la mujer en el anarquismo y las colonias anarco-comunistas, entre otras cosas. Si bien la tesis central que privilegia la dimensión gremial y obrera del anarquismo queda inamovible, la inclusión de este capítulo en la reedición es un acierto en la medida en que permite vislumbrar cómo el anarquismo combinó necesariamente, aunque a veces de forma algo inarmónica, diferentes facetas.

El volumen se encuentra precedido por un prólogo de Hernán Camarero en el cual se ensaya una puesta a punto de la producción historiográfica sobre el anarquismo desde la edición de Siglo XXI hasta la actualidad. Camarero defiende férreamente la tesis del autor aunque señala ciertas limitaciones en cuanto a los interrogantes que guiaron la pionera investigación, principalmente la ausencia

de una pregunta explícita, y por lo tanto una respuesta, sobre el porqué del arraigo del anarquismo en la clase obrera en la Argentina. Encuentra problemático también el recorte temporal. A su vez, ensaya una evaluación histórico-política de las limitaciones del anarquismo para mantener la lograda hegemonía. En parte, las respuestas que da son también sabidas desde lo que en un sentido amplio podríamos denominar perspectiva marxista. El contexto de la clase obrera y ciertas carencias del anarquismo para leer los cambios que en última instancia también lo afectaban. Si bien no comparto la perspectiva histórica de Camarero y su ponderación del anarquismo, lo cierto es que su escrito introductorio es una invitación polémica a preguntarse 35 años después cómo leer el libro de Oved.

En un plano más personal, puedo decir, observando el estado en el que se encuentran mis fotocopias de la primera edición del libro, las capas de subrayados en cada página y la cantidad de papelitos amarillos que asoman, que quizás el escrito de Oved merezca otro tipo de aproximación. Un poco a contramano de lo propuesto hasta acá, se puede decir que si en el plano diacrónico la lectura del libro propone una interpretación algo esquemática del devenir del anarquismo en el primer lustro del siglo XX, una lectura en clave si se quiere sincrónica revela una complejidad historiográfica francamente insuperable. Creo que al libro de Oved no hay que pedirle que rinda cuentas de sus posibles carencias, las cuales dependerán del interés de cada lector, sino valorarlo por sus llamativos aciertos. En este sentido, cada capítulo del libro desarrolla una cantidad notable de aspectos sobre la diversidad y riqueza del anarquismo, su grado de conflictividad interna, la presencia e importancia de ciertas figuras, el vínculo controversial que unió al socialismo parlamentario con el anarquismo, la pluralidad de su prensa y sus iniciativas editoriales. Pensándolo de este modo lo que hace tan rico y potente del libro es que Oved escribe, por decirlo así, con la boca cerrada. No sobreimprime su voz a las fuentes, no se empantana en ajusticiamientos historiográficos que a fin de cuentas son el aspecto más mezquino y menos interesante de la historia académica. Su prosa serena, la exhaustividad de sus fuentes, la trama interior de su despliegue más allá de cualquier consideración, permiten recuperar las facetas más intensas y creativas del anarquismo.

Martín Albornoz
(UBA/IDAES)

A propósito de Christian Fleck, A Transatlantic History of the Social Sciences. Robber Barons, the Third Reich and the Invention of Empirical Social Research, London-NewYork, Bloomsbury Academic Publishing, 2011, 416 pp.

La notable expansión de los estudios de historia cultural e intelectual a escala transnacional ha consolidado, especialmente en la última década, una serie de consensos respecto de la necesidad de construir nuevas coordenadas geográficas en el análisis de fenómenos cuyos contornos desbordan las referencias espaciales convencionales. Lejos de una apología de los análisis simplificadores de una "globalización cultural", una serie de investigaciones concentran su atención en la variabilidad de centros y periferias en mapas históricamente constituidos y en el desigual papel jugado por las "culturas nacionales" en dicho proceso.

El libro de Christian Fleck, publicado originalmente en 2007, representa un esfuerzo en esa línea de investigación. El foco de interés se centra en comprender las tramas que permitieron la consolidación a escala planetaria de una metodología empírica para las ciencias sociales y el rol clave que cumplieron las fundaciones filantrópicas norteamericanas a partir de la década de 1930. Fleck concentra su análisis en los flujos de recursos económicos, en la circulación de ideas, y en la migración de personas entre el espacio germano-parlante europeo y los Estados Unidos en un período que comienza en los años veinte para concluir en la segunda postguerra. La aceleración de los intercambios transatlánticos a lo largo del primer tercio del siglo XX mediante la renovación de los sistemas de comunicación y de transporte fueron, para Fleck, la condición fundamental para comprender la constitución de redes de contactos regulares e intensivas entre los ámbitos académicos europeos y norteamericanos. Ese ciclo señala el ascenso de la investigación empírica como el nuevo patrón dominante en la producción de conocimiento académico de las ciencias sociales frente a la "armchair research". Los años cincuenta representan el ápice de ese derrotero cuya expansión a nivel mundial encontró en el accionar de las fundaciones filantrópicas norteamericanas su principal fuente de promoción.

La movilidad regional e internacional de los intelectuales fue adoptando un nuevo perfil, superando los iniciales circuitos basados en esfuerzos personales o en becas esporádicas,

constituyendo programas institucionalizados con fuerte apoyo estatal. Las migraciones forzadas de "hombres de ideas" a partir de los años veinte fueron parte de ese proceso de "mutuo enriquecimiento" entre la academia europea y el moderno sistema universitario estadounidense, vínculo de larga duración que se acentúa a lo largo del siglo. Allí radica buena parte del esfuerzo interpretativo de Fleck, quien discute la vigencia de algunas representaciones en la literatura especializada sobre circulación internacional de ideas e intelectuales. Amparándose en un prolijo trabajo en archivos universitarios y en el fondo documental de la Rockefeller Foundation, Fleck propone construir una mirada renovada de la experiencia migratoria de intelectuales europeos usualmente centrada en la reconstrucción de los propios actores o basada en los materiales producidos en su país de origen. La perspectiva "norteamericana" de ese proceso ofrece numerosos matices a aquellas historias del "héroe civilizador" emigrado del derrumbe europeo hacia el "Nuevo Mundo" cultural estadounidense.

Siguiendo los clásicos estudios de J. Ben-David y R. Collins, Fleck sostiene que la temprana consolidación de un sistema de educación superior a gran escala en Estados Unidos permitió la expansión de un numeroso y dinámico sector de investigadores y de instituciones de financiamiento de actividades científicas, condiciones de ampliación de una demanda de profesores en relación a una población estudiantil sin parangón con la realidad universitaria europea. El éxito de nuevas disciplinas en ese ámbito, tales como la sociología, se explicaría a partir de un nuevo modelo de gestión de la ciencia, en el que sería fundamental la incorporación de financiamiento privado de fundaciones creadas por los grandes capitales de la industria norteamericana (*Robber Barons*) como Carnegie o Rockefeller.

Esas nuevas formas de apoyo de la actividad científica se tradujeron, rápidamente, en el crecimiento de modalidades de intercambio con Europa, incentivando la presencia de jóvenes investigadores norteamericanos en las universidades europeas gracias a programas de becas postdoctorales y estancias de investigación de larga duración sustentadas en el crecimiento de asignaciones presupuestarias con destino a la formación de las nuevas elites académicas norteamericanas. El Social Science Research Council cumpliría un rol decisivo en la selección de candidatos y la definición de políticas de intercambio. Como parte del mismo proceso, las universidades estadounidenses